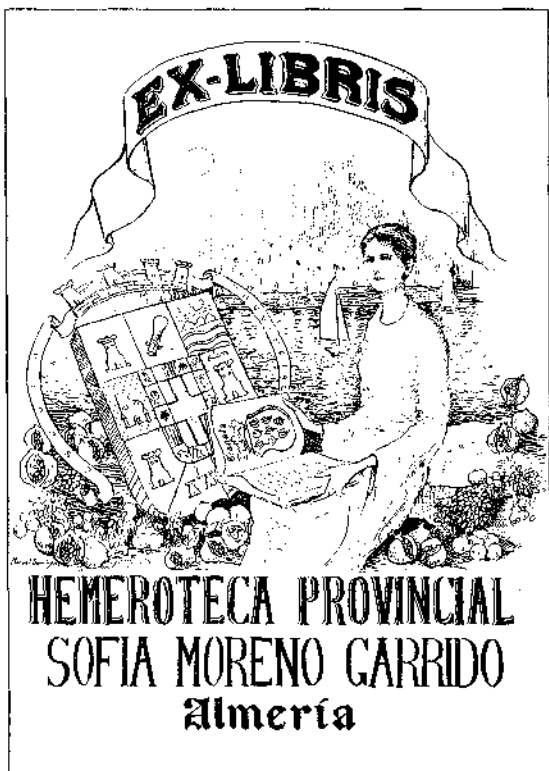




*Palabras Antiguas*  
poesías - por  
Francisco Villalpessa







## PALABRAS ANTIGUAS

## OBRAS DE VILLAESPESA

### POESÍA

|                            |                              |
|----------------------------|------------------------------|
| Intimidades.               | El libro de Job.             |
| Flores de almendro.        | El jardín de las Quimeras.   |
| Luchas.                    | Las horas que pasan.         |
| Confidencias.              | Saudades.                    |
| La copa del Rey de Thule.  | In memoriam.                 |
| El alto de los bohemios.   | Bajo la lluvia.              |
| Rapsodías.                 | Torre de marfil.             |
| Las canciones del camino.  | Andalucía.                   |
| Tristitia Rerum.           | Los remansos del crepúsculo. |
| Carmen.                    | El espejo encantado.         |
| El Patio de los Arrayanes. | Collares rotos.              |
| Viaje sentimental.         | Los panales de oro.          |
| El mirador de Lindaraza.   | El balcón de Verona.         |

### Palabras antiguas.

### PROSA

|                          |                          |
|--------------------------|--------------------------|
| El milagro de las rosas. | Breviario de amor.       |
| El último Abderramán.    | Vida y Arte:             |
| La venganza de Aíscha.   | I Julio Herrera Reissig. |
| Zarza florida.           | Las granadas de rubies.  |

### TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).

FRANCISCO VILLAESPESA

# Palabras antiguas

(POESÍAS)

..... MCMXII .....

MADRID, IMPRENTA HELÉNICA

PASAJE DE LA ALHAMBRA 3.

R 854

HEMEROTECA PROVINCIAL  
SOFIA MORENO GARRIDO  
ALMERIA

**ES PROPIEDAD**



PALABRAS ANTIGUAS





I

Y vieron mis pupilas visionarias  
en la noche brillar como una aurora  
las profusas y claras luminarias  
del regio alcázar donde el placer mora.

Siglos hubo durado mi viaje.  
Mis pies sangraban... Me acerqué á la puerta  
que era en la noche oscura del paisaje  
como con flor de luz recién abierta.

Mas en la puerta, armado de una lanza,  
dijo el negro guardián: — Pasa, si quieres,  
mas tienes que dejar toda esperanza...

Empuñé mi bordón de peregrino  
— Sin esperanza ¿para qué placeres?—  
dije... y de nuevo proseguí el camino.

## II

De cara al cielo, el místico cruzado,  
en el lúgubre campo de derrota,  
yace con el escudo aún embrazado,  
sobre la diestra aún la espada rota.

Los cuervos aguzando su graznido  
empañan el azul cual negra nube.  
Dos le contemplan fijos, y, atrevido  
otro hasta él por el escudo sube.

Mientras que descubierta la visera  
á los rayos del sol, muestra el guerrero  
las nobles líneas de su faz severa,

despreciando lo injusto de la suerte,  
con un gesto tan noble y altanero  
que no ha logrado destruir la Muerte.

## III

En el hueco de un arbol un sonoro  
enjambre sus zumbidos diluía,  
y en el lago la tarde despedía  
fulguraciones de imperial tesoro.

En un sangriento y fugitivo lloro  
la luz crepuscular desfallecía,  
en la cinta amaranto que prendía  
sobre la nuca tu cabello de oro.

lbamos de regreso, torturados  
por una vaga sensación de angustia,  
cuando al mirar la luz huir del cielo

nos quedamos de súbito parados...  
¡Para llorar nuestra ventura mustia  
sacamos á la par nuestro pañuelo!



## IV

Ha de surgir el héroe de Castilla.  
Todo su pronta aparición predice.  
Ya clara en el azul su estrella brilla;  
y en su retiro el silencioso aurífice,

curvado sobre la labor sagrada,  
con paciencia y vigor cincela y bruñe  
la rica cazoleta de la espada  
para que el nuevo Emperado la empuñe;

y señale á los nuevos paladines,  
entre el oro triunfal de los clarines,  
con gesto audaz, el vértice más alto

de todas las montañas de la tierra,  
para clavar en él, tras el asalto,  
su victorioso gonfalon de guerra.

SONATAS ÍNTIMAS





## OFRENDA

Desnúdate de toda cosa impura,  
alma, que el paso de su sombra evocas!  
Se ha deshecho la tarde y las primeras  
estrellas resplandecen en la altura.

Despójate de toda vestidura  
mortal, y tus efímeras quimeras  
abandona, cual rosas pasajeras  
que deshoja tu mano en la espesura.

Borra todo recuerdo en tu memoria;  
ten un olvido para cada historia  
que no fuese la suya. Pon en calma

tu corazón, para que cuando entre  
á consolar tu amor, tan sólo encuentre  
la eterna y pura desnudez del alma!

## LAS LLAVES DEL JARDIN

En profusas marañas sangran rosas;  
la hierba los senderos ha borrado,  
y el surtidor de mármol se ha secado  
ahogado por las zarzas espinosas.

Del banco el musgo recubrió la piedra,  
Por los altos cipreses abaciales,  
en pródigas y verdes espirales  
ascienden las serpientes de la hiedra.

Parece que á tu suelo maldecido  
una antigua tragedia ha enrojecido,  
que algo terrible tu silencio sabe...

Y que una dura mano ensangrentada  
á toda indagación cerró tu entrada,  
y en el fondo de un pozo echó la llave.



## LA CASA CIEGA

El escudo de piedra berroqueña  
con sus quinas, su escala y su castillo,  
en el ruinoso muro de ladrillo  
su altiva cicatriz de gloria enseña.

El noble herraje del balcón reclama,  
la austeridad galante de un hidalgo,  
que apoyando la mano sobre un galgo  
diga versos de Góngora á su dama.

Vieja casa, en tus largos corredores  
ya no arrastran la espuela los señores,  
ni relincha el corcel junto á la puerta,

con su casco escarbando el empedrado...  
El único balcón que te ha quedado  
es la ciega pupila de una muerta!

## SPES

En vivo arco de dolor curvada  
hacia atrás, suelta la guedeja oscura,  
trémulo el labio, inmóvil la mirada  
y crispadas las manos de amargura;

en alto la rodilla, atravesada  
por el diente de un ancla la cintura,  
trágica se desangra tu hermosura  
sobre la estéril playa abandonada.

Todo el hondo dolor acumulado  
por la tristeza humana, estremecido  
en estertores lívidos revelas...

Así mis tristes ojos te han mirado  
hace tiempo... No sé si fué en la Vida  
ó en un dibujo de Julio Ruelas!

## GRIEG

Opus. 16.

Solloza Grieg. La frente pensativa  
se inclina entre las manos... — Di ¿te has ido  
ó estás dentro de mí? — Lloro la música  
como diciendo adiós, en un suspiro,  
á la esperanza que se va y no vuelve,  
á lo que pudo ser y nunca ha sido.

¿Volverás? Tu soberbia aristocracia  
de pompa llena mis jardines íntimos,

surgiendo entre los oros del crepúsculo  
como del fondo de algún cuadro místico.

Un heraldo te anuncia: tu recuerdo;  
y un paje, rubio y joven: mi cariño,  
con altivo ademán lleva la cauda  
de tu manto de púrpuras y armiños.

La música de Grieg pliega tu túnica,  
ajustando tus pasos á sus ritmos,  
y el vespéral crepúsculo te envuelve  
en la opulencia de su fasto antiguo.

Ya distingo el marfil de tu semblante,  
entre el humo de ensueño de tus rizos,  
y tus oscuros ojos fulgurantes  
de viejas glorias... Sin querer, sonrío  
á tus manos, tendidas en un gesto  
de entrega generosa, á tus divinos

labios, donde los besos van á abrirse  
para embriagar de amor á mis delirios...

Mas todo es polvo, es humo que se pierde,  
al volver un recodo florecido...

Y de nuevo el desierto; la llanura  
interminable y árida... Un olvido  
de ti y de todo, me amortaja el alma,  
y no sé si estoy muerto ó estoy vivo...

Y la música sigue sollozando...  
Y en las olas aléjase un navío  
todo púrpura y oro, con la proa  
hendiendo el mar de lo Desconocido...

¿Al viejo puerto tornará la nave?  
¿Regresará la golondrina al nido?  
Y Grieg, de nuevo, desolado gime  
en un canto nostálgico... Respiro

con la angustia de un náufrago, en la playa  
de una remota soledad perdido,  
en cruz sobre la arena, como un muerto,  
rotas las sienes y en mi sangre tinto.

¡Amor! amor! amor! ¿Por qué la música  
resucita tu voz en mis oídos,  
si nunca más te escucharé, quimera  
ó ruiñeñor, en mis jardines íntimos?  
¿Por qué vuelvo á sentir entre mis manos  
algo que por ser tuyo no fué mío?

¿Por qué vuelvo á esperar? — Solloza el canto  
como gimiendo por tu amor perdido;  
y la tarde y la música y nosotros,  
todo cuanto en mí hay tuyo y en ti mío,  
se van desvaneciendo para siempre  
en el humo angustioso de un suspiro...  
¿Al viejo puerto tornará la nave?  
¿Regresará la golondrina al nido?



LA RUECA DE ONFALIA





]

De vuelta de la lucha, ensangrentado,  
con mi piel de león sobre la espalda,  
¡cuántas veces mi sién he reclinado  
en el tibio reposo de tu falda!

Y eran tan dulces tus sonrisas, era  
el silencio tan plácido y profundo,  
y tan honda la paz, cual si no hubiera  
ni monstruos ni tristezas en el mundo!

3

Y olvidaban mis manos las gargantas  
hirsutas de los líbicos leones  
y los monstruos que asolan los senderos,

viendo volar las horas á tus plantas,  
hilando en frágil rueca los vellones  
de tus blancos y tímidos corderos!

## II

Una cálida ráfaga de estío  
asciende del jardín y nos excita...  
Y hacia una paz serena é infinita  
nos arrastra la noche, como un río.

Presintiendo la dicha me sonrío,  
mientras de amor el corazón palpita,  
y á tu marmórea desnudez agita  
un fugitivo y brusco escalofrío.

Sobre tu espalda tremulante escribo  
la invitación de un madrigal lascivo,  
y el alma de carifio se acurruca,

en un beso muy largo y muy sonoro,  
al esconder mis labios entre el oro  
tibiamente fragante de tu nuca.

## III

La luz tiembla en la lámpara. Parece  
que por el soplo de tus labios llora...  
El silencio de espanto se estremece...  
En el viejo reló tiembla la hora...

Está abierta la puerta, cual si fuera  
tu ilusión á pasar... Sueña la alfombra  
con tus sandalias y el sillón espera  
los frágiles encajes de tu sombra.

Con los brazos tendidos aún te espero...  
El labio se abre al beso, y la mirada  
se rasga en la impaciencia de mirarte...

Solo en la ausencia de pavor me muero,  
¡porque viviendo para el mundo, Amada,  
tengo como á una muerta que llorarte!



## IV

La ola nos separó; me quedé á solas  
con tus memorias tristes y queridas,  
entre el ronco tumulto de las olas  
que iban juntando y separando vidas.

Y me senté en las rocas, escuchando  
del mar el sordo murmurar de selva,  
llorando tu partida y esperando  
la nueva ola que á juntarnos vuelva.

El tiempo el ansia de mis sueños trunca:  
la ola que te arrastró no vuelve nunca.  
Pero mi alma, en la ribera, sola,

por tu regreso ha sollozado tanto,  
que si no vuelve á unirnos otra ola,  
nos unirán las olas de mi llanto.

## V

Me asesina la fiebre de tus besos.  
Lejos de ti me matarán las penas...  
¡Ven, aunque crujan de dolor mis huesos  
y salten rotas de placer mis venas!

Te estrecharé en mis brazos de tal suerte,  
nuestro amor con tal fuerza ha de ligarnos,  
que nadie, ni en la Vida ni en la Muerte,  
ha de poder de nuevo separarnos.

¿Qué nos importa el odio inexorable?  
Ven á mis brazos y el pasado olvida...  
Será nuestra existencia un beso fuerte,

absorbente, voraz, interminable,  
que empezará en el seno de la vida  
y acabará en el seno de la Muerte!

## VI

Patios de sombra en el sopor de estío;  
perfume de frescura de la fuente  
que en el silencio palpitar se siente  
con un febril y lento escalofrío;

el ensueño flotante de la hamaca  
bajo el fresco verdor del emparrado;  
el aire que se aduerme extenuado  
en cálidos perfumes de albahaca...

Aletargado el corazón procura  
soñar, huyendo de la sorda pena  
y el tedio de la vida cotidiana,

con la fragante y lúbrica frescura  
de algún baño morisco y la morena  
desnudez de una lírica Sultana!

## VII

Muero de sed, y mi dolor me bebo;  
Y aunque sé que me olvidas y me engañas,  
no te puedo olvidar, porque te llevo  
como á un hijo, metida en mis entrañas.

Aun cuando encona tu desdén mi herida,  
amarte hasta morir será mi orgullo...  
¡Mientras me quede un átomo de vida,  
ese átomo de vida será tuyo!

Sufrir no puedo más, y estoy tan loco,  
que toda pena me parece poco  
para pagar tu amor y tu ternura...

Ni en la Muerte mi amor podrá olvidarte,  
¡que aun en el fondo de la sepultura  
mis huesos crujirán al recordarte!



## VIII

Esta perpetua soledad me espanta.  
Mi mal no encuentra un corazón amigo.  
¡Si pudiera abrazarme á tu garganta  
y mis tristezas sollozar contigo!

Hoy tengo precisión de tu ternura.  
Mi vida necesita de consuelo,  
¡de brazos que sostengan mi amargura  
y no la dejen desplomarse al suelo!

En la carne, en el alma, la honda herida  
que tus manos cerraron, hoy se ha abierto...  
Y con su sangre escápase mi vida!

Mi jardín sin tu cuidado se deshoja...  
¡Sin ti mi corazón es como un muerto  
que no encuentra ni tumba que le acoja!

## IX

Si en tus desvelos sospechar pudieras  
lo enconado y profundo de la herida  
que me abriste al partir, quizás volvieras  
con tu cariño á reanimar mi vida.

Desangrado se muere el pecho mío...  
Es cada hora una esperanza menos...  
No me espanta la muerte, pero ansío  
expirar al amparo de tus senos.

Yo soy un pobre niño sensitivo  
que fuera de tu amor no encuentra nada.  
Algo de mí al marcharte te has llevado...

Yo no sé qué será... Mas sé que vivo  
como un cuerpo sin alma, ó como un alma  
que sin cuerpo y sin vida se ha quedado.

## X

Oigo tu corazón. Temblando siento  
en el silencio su tenaz latido:  
es el reló que marca mi tormento,  
péndulo que jamás indica olvido.

Isócrono y tenaz me va diciendo  
las hondas penas del amor distante...  
Te estoy hablando, y le estoy oyendo  
hablarme de tu amor á cada instante.

Igual que te recuerdo, me recuerdas:  
como combato yo, tu amor combate,  
y á veces se estremece de igual frío...

Tanto tu afán con mí dolor concuerda,  
que el corazón que tras mi pecho late  
ya no sé si es el tuyo ó si es el mío!

## XI

En las vagas penumbras de la estancia  
un perfume sutil soñando queda:  
olor de carne de mujer, fragancia  
de cabellos, de encajes y de seda.

Algo tibio y sutil que nos evoca,  
cuando ahora en el recuerdo lo aspiramos,  
el aliento calino de una boca  
que en un sueño, muy pálidos, besamos.

Vaga como en los templos el incienso,  
un perfume de besos tan intenso  
que hasta parece que en tus labios nace...

Al par místico y lúbrico, y tan fuerte,  
que deja mi faz pálida y me hace  
cerrar los ojos y anhelar la muerte.



## XII

Sonreía entre sueños, reclinada  
la sien sobre los blancos almohadones,  
con la mano de nieve aún apoyada  
en un pequeño libro de oraciones.

Tocaba á misa la campana. El eco  
de un paso incierto resonó en la calle,  
y del balcón por el luciente hueco  
penetraban los árboles del valle.

Mientras ella soñaba, yo veía,  
aspirando el olor de los jardines  
hasta ensanchar con su frescura el pecho,

fulgurar la primera luz del día  
en el áureo hebillón de sus chapines  
colocados en fila al pie del lecho.

## XIII

Este lecho ha crujido bajo el peso  
del insaciable ardor que nos inmola,  
mientras en un interminable beso  
hicimos de dos vidas una sola.

Hoy tiembla bajo el peso de mis duelos,  
y me ve, recordando tu cariño,  
morder las blancas sábanas de celos  
para acabar llorando como un niño

Soñaba tu ilusión que hubiera sido  
cuna quizás de algún recién nacido...  
Mas no lo quiso nuestra adversa suerte,

y si no vuelves á cerrar mi herida,  
donde soñaste ver nacer la Vida  
tal vez contemples expirar la Muerte.

## XIV

Las horas vienen á enconar mi herida.  
Sin ti es un infierno la existencia,  
y no sé cómo aún puede mi vida  
soportar el martirio de tu ausencia!

Mi dolor ya no encuentra lenitivo...  
Tengo un miedo infinito de perderte,  
y cuando pienso en esto, siento, aún vivo,  
todo el suplicio eterno de la Muerte!

Por eso, sangre de mis venas lloro,  
temiendo que me roben mi tesoro,  
único oasis de mi gran desierto...

¡Si alguna vez tu veleidad me olvida,  
aun cuando vivo pase por la vida  
seré, sin ti, para el Amor un muerto!

## XV

Al cerrarse tus párpados, inerte  
quedaste, extenuada por mis besos,  
y fué mi brazo violador tan fuerte,  
que sentí de placer crujir tus huesos.

Hasta en el corazón hubo un instante  
de olvido y de embriaguez... Sólo se oía  
desgarrando el silencio, un jadeante  
respirar angustioso de agonía.

Bajo el reflejo de la luz incierta  
te vi palidecer como una muerta...  
Tus ojos despertaron á la vida,

y entreabriste los labios sonrientes,  
mostrando entre lo rojo de su herida  
el blancor enfermizo de tus dientes.



## XVI

Riendo como entraste, así te fuiste,  
¡oh, amada de unas horas de lascivia!  
dejando á solas á mi carne triste  
con el recuerdo de tu carne tibia.

Nuevas caricias matarán mi hastío...  
Sobre otro seno olvidaré tu nombre,  
como mañana olvidarás el mío  
suspirando en los brazos de otro hombre.

¿Qué quedará de ti, luego que el día  
brille en la alcoba donde fuiste mía?  
En mi carne, el deseo satisfecho,

el hueco de tu sien en la almohada,  
y alguna horquilla rota y olvidada  
en las revueltas sábanas del lecho.

## XVII

Bucólica dulzura de la cita  
junto á la fuente que el nogal sombrea,  
mientras el perro á nuestros pies dormita  
y el agua entre los juncos silabea!

¡Oh, de tu seno núbil la blancura  
surgiendo entre las gasas y las cintas,  
para ofrecer al labio la dulzura  
de sus fresas en roja sangre tintas!

¡Oh, tu pupila, en que temblando queda  
mi rostro, entre el verdor de la arboleda!  
Tus mejillas tan tristes y tan pálidas,

que parece que van á deshojarse...  
¡Y la opresión de nuestras manos cálidas  
que no quieren tan pronto separarse!

## XVIII

Matar el ansia de tu carne ansío  
en el ardiente amor de otra mujer,  
y hallo sólo las náuseas del hastío  
donde busco el olvido del placer.

¡Cuántas veces tu nombre he pronunciado  
en un espasmo, loco de pasión,  
y al oírlo, de pronto me he quedado  
espantado de mi profanación!

En la frialdad del tálamo desierto  
también mi carne para el goce ha muerto...  
¡Sólo tú la podrás resucitar!...

¡Con los brazos tendidos, esperando  
las horas vi pasar, siempre soñando  
con los besos que nunca me has de dar!

## XIX

En la tranquila alcoba todo aguarda  
la alegre irradiación de tu belleza,  
mas como tanto tu belleza tarda,  
todo se está muriendo de tristeza.

Todo está igual que lo dejaste. Cada  
objeto evoca tu perfil lejano,  
sueña con la ilusión de tu mirada  
y las fragantes sedas de tu mano.

En las memorias del ayer me pierdo...  
En la penumbra el lecho se destaca...  
Y se entornan de gozo las pupilas,

aspirando en las ropas el recuerdo  
de esa mezcla de ámbar y albahaca  
que perfuma el vellón de tus axilas!



## XX

Todo está igual que ayer! Todo te espera...  
Aún conservan las sábanas del lecho  
entre el aroma de tu cabellera  
fragancias de las rosas de tu pecho.

Aún sueña el eco con tu voz; aún queda  
en el aire el calor de tu mirada,  
y en mis manos nostalgias de la seda  
de tu cálida carne perfumada.

Aún algo tuyo se quedó soñando  
en el encantamiento de esta estancia  
que llora de tus besos las saudades;

y aún se cierran mis ojos, aspirando  
en el revuelto lecho la fragancia  
más íntima de tus intimidades.

## XXI

Bajo la luz que trémula desriza  
de tus pestañas el vellón de oro,  
sugieren tus pupilas un tesoro  
de esmeraldas lacustres de Suiza.

¡Mirada que hasta el alma se desliza,  
si en mi profunda soledad la imploro,  
y que cuando se empañá con un lloro  
todo cuanto refleja lo idealiza!

Bajo su luz de nuevo reverdece  
el verdor de mis muertas primaveras  
en un florido y fértil alborozo,

pues al mirar tus ojos me parece  
que entre un húmedo ensueño de palmeras  
me contemplo en el fondo de algún pozo.

## XXII

La luna derramó chales y blondas  
de fosfórica luz sobre el paisaje,  
plateando la escama de tu traje  
en la ilusión de mis pupilas hondas.

Tembló sus claridades en las frondas,  
y en la verde maraña del ramaje  
desflecó todo el oro de su encaje  
para besar tu imagen en las ondas.

Curvamos nuestras frentes coronadas  
de áureas estrellas y de blancas rosas,  
sobre el espejo astral de la laguna,

y juntas se llevó nuestras miradas  
á Venecia de ensueño fabulosas  
en su dorada góndola, la Luna.

## XXIII

Engalana tu testa la guirnalda  
del dorado cabello que deshecho  
aletea en la nieve de tu pecho  
y rueda sobre el mármol de tu espalda.

Frente al espejo, te sonrojas, viendo  
temblar en él tu desnudez perfecta,  
mientras la rosa de tu seno, erecta,  
al calor de los dedos se va abriendo.

De pronto, toda pálida, vacilas,  
curvas el torso que en su anhelo atrae  
á algo invisible que tu ardor provoca,

y se ponen en blanco tus pupilas;  
y en un estéril beso se contrae  
el clavel encendido de tu boca!



## XXIV

Eres al par insinuante y fiera...  
Tiene tu cuerpo ágil é indolente  
vagas ondulaciones de serpiente  
y flexibilidades de pantera.

En tu pálida faz, los labios rojos  
en una invitación de amor florecen,  
y bajo las pestañas fosforecen,  
con verdor de cantáridas, tus ojos.

La tibia pulpa de tu piel suave  
exhala un acre y penetrante aroma...  
Cuando tu iris el placer dilata

finge tu voz, entrecortada y grave,  
temblorosos arrullos de paloma  
y rosnidos histéricos de gata.

## XXV

Bajo mis resoplidos encelados  
y mis foscas narices dilatadas,  
en un beso fundidos y enlazados  
sobre las silenciosas almohadas,

todo tu cuerpo era un parpadeo  
de púdicos y frágiles carmines,  
que volaban al soplo del deseo  
en un deshojamiento de jazmines.

En un temblor profundo é infinito  
palideciste. Con la faz inerte,  
— ¡Mátame! — suspiraste, dando un grito,

en tus entrañas al sentirte herida  
de esa herida inmortal que no da Muerte  
y en cambio sirve para darnos vida!

## XXVI

La noche sorprendi6nos frente á frente  
en el silencio ambiguo de un enfado...  
Yo contemplaba tu perfil amado  
esfumarse en las sombras lentamente,

presintiendo tu labio displicente  
en un rictus de orgullo levantado,  
tu adusto ceño y tu mirar helado,  
y hasta la leve arruga de tu frente.

Y mi orgullo saltó roto á pedazos,  
y hacia ti me arrojé de angustia opreso;  
pero al querer prenderte entre mis brazos,

todo tu sér desvanecióse en sombra,  
y en el silencio deshojó mi beso  
sus lágrimas de amor sobre la alfombra.

## XXVII

Se sumergió mi líbrica quimera  
en el sedoso mar de las tinieblas  
con que la noche de mi lecho pueblas  
al desatar tu larga cabellera.

Rasgué con mano trémula los lazos  
del cendal que tus ébanos velara,  
y de orgullo temblé, cual si gozara  
á la Noche desnuda entre mis brazos.

En la viciosa obscuridad moría  
tu voz. El alma en las tinieblas era  
como un lirio que cierra su albo broche,

mientras clavados sobre mí veía  
fosforecer tus ojos de pantera  
en las negras pestañas de la Noche.



## XXVIII

La sombra del jardín nos envolvía,  
y todo parecióme á nuestro lado  
por algún genio amigo conjurado  
para que fueras, como fuiste, mía.

La tiniebla aumentaba á cada instante...  
Sólo tus joyas y tus lentejuelas  
en el mar de las sombras circundante  
dibujaban fosfóricas estelas.

Entre las ramas nos hallamos presos:  
dejaron de brillar tus avalorios,  
y temblando de amor y ebrios de besos,

juntos rodamos sobre el negro piélago...  
¡Y la noche cubrió tus desposorios  
con sus velludas alas de murciélago!

## XXIX

## OFRENDA

Desde el bronceo trípode sagrado  
suben al cielo en espiral de aromas,  
la sangre de las candidas palomas  
y el humo del incienso perfumado.

Entre las ascuas arde lentamente  
el alma de la hija de Cyniras,  
mientras danzan doncellas, y se siente  
un gemido de flautas y de liras.

Luchar no puedo, Amor, con tus hechizos,  
y á la sombra inmortal de tus laureles,  
sueño en el mármol de tus miembros tersos.

Y para ornar la noche de tus rizos  
vuelan á ti, ebrias de himetas mieles,  
las abejas de oro de mis versos.

NOCTURNO DE LLUVIA





De la lluvia espesa y fría  
bajo el lento gotear  
poco á poco cabecea  
y se duerme la ciudad.

Todas las pupilas buscan  
refugio en la obscuridad,  
hastadas de ver lo mismo  
que otras pupilas verán,

y fatigadas y rojas  
de llorar  
por lo que otros han llorado,  
y otros, después, llorarán!

Todo se fué ya durmiendo;  
sólo despiertos están  
el Dolor y la Desgracia,  
la cárcel y el hospital.

Para el que dormir no puede,  
porque es tal su soledad  
que hasta el sueño le abandona,  
¡qué triste será escuchar  
de la lluvia espesa y fría  
el continuo gotear!

Para el que en la sombra espera  
recatado en un portal,  
con la venganza en los ojos  
y en las manos un puñal...



¡qué triste es sentir la lluvia  
lentamente gotear!

Para el pobre que no tiene  
ni un amigo ni un hogar,  
y en el quicio de una puerta  
se dispone á pernoctar,  
mientras, temblando de frío  
contempla, tras el cristal,  
al resplandor de la lámpara,  
un lecho en que descansar,  
¡qué blasfemia dará al viento,  
y qué rabia sentirá  
cuando en su cuerpo se filtre  
de la lluvia la humedad!

Todo se fué adormeciendo.  
Sólo despiertos están  
mi corazón y mi alma,  
mi dolor y mi piedad.

Dolor de tanta amargura  
como ha herido mi solar;  
un cordel en la garganta  
y en el costado un puñal!

Una gran piedad eterna  
por toda la Humanidad;  
por aquellos que se fueron,  
por aquellos que vendrán,  
y hasta por Dios que nos hizo  
bajo un signo tan fatal  
que el placer es un momento  
y el dolor eternidad...

¡Si Dios tiene alma y oídos,  
con qué pena escuchará  
de la lluvia lenta y fría  
el continuo gotear!

DEL HUERTO DE LOS VIEJOS ROSALES





## I

Es, señora, tan dura mi condena,  
forzado á vuestra nave encadenado,  
que al contemplar lo triste de mi estado  
hasta el propio dolor llora de pena.

Yo tan sólo mi suerte juzgo buena.  
De vivir tanto tiempo aprisionado,  
no siento la prisión y hasta he llegado  
á tomarle cariño á mi cadena.

A todo, á la más dura servidumbre,  
nos aficiona al cabo la costumbre;  
y si suelta me dierais algún día,

llorando de mi suerte las saudades,  
al contemplarme libre, moriría...  
Sin vos, ¿para qué quiero libertades?

## II

Amor, á tus altares he venido,  
y en señal del naufragio que he pasado,  
yo con mis propias manos he colgado  
del umbral de tu templo mi vestido.

Sólo penas y penas he traído...  
Entre las olas donde he naufragado  
sólo, vivas, mis penas he salvado,  
y todas las venturas he perdido.

¡Que una sola sonrisa me conceda  
la que prodiga á todos su ternura,  
y deja al tiempo terminar su obra...

Y en cambio de lo poco que me queda,  
para recompensar mi desventura  
¡dame algo de lo mucho que le sobra!



## III

Ojos de lince tuve, según creo,  
hasta que en mi camino os encontraron...  
¡Desde que vuestros ojos me miraron,  
sólo, señora, vuestros ojos veo!

Mis pupilas cegaron con su brillo;  
y como andar yo solo intento en vano,  
habiéndome negado vuestra mano,  
he tomado al amor por lazarillo.

Si no queréis que aquí me dé la Muerte  
para acabar con pena tan sombría,  
que me tendáis la mano, sólo os ruego...

Compadeceos de mi triste suerte...  
¡Quedarse ciego, y tomar por guía  
á la mano de un niño también ciego!

## IV

Cada mirada tuya es una herida  
que emponzoñan crueles tus desvíos...  
Mas no apartes tus ojos de los míos  
que, dándome la muerte, me dan vida!

La Muerte es á la ausencia preferida.  
Matadme, mas no huyáis, ojos sombríos...  
Sin vosotros, mis ojos son dos ríos  
que lloran sangre por vuestra partida!

Contigo he de morir y sin ti muero.  
Mas que te quedes he de suplicarte.  
Si el verte y el no verte me dan muerte,

entre ambas cosas que elegir, prefiero  
la muerte deliciosa de mirarte  
á la muerte espantosa de no verte!

## V

Os diré, francamente, que me extraña,  
y perdonad, señora, mi osadía,  
que seáis para mi amor tan dura y fría  
cuando nacisteis bajo el sol de España.

Ya sé que á veces la apariencia engaña,  
y mi vista al miraros desconfía...  
Bajo tal hielo, amor, arder podría  
igual que arde el volcán en la montaña!

Mas no hagáis caso de mis advertencias,  
y nunca las toméis por insolencias  
del que supo inspirar vuestros enojos,

y proseguid mirando con desvíos,  
pero mirad al menos estos ojos  
que son vuestros, señora, por ser míos!

## VI

Os dé mi corazón, la vida entera,  
para que hicierais cuanto os agradara,  
y si algo más, señora, me quedara,  
ese algo más también mi amor os **diera**.

Por vos hasta los cielos ascendiera  
y los astros más fúlgidos robara,  
pero vos sois conmigo tan avara  
cuan pródigo con vos yo ser quisiera.

Como os dí cuanto tuve y cuanto he sido,  
una limosna á vuestras puertas pido...  
¡Compadeceos de mi triste estado!

Y ya que nada vuestro queréis darme,  
dadme á lo menos, para consolarme,  
algo, señora, de cuanto os he dado!



## VII

Si os ofendió, señora, mi osadía,  
con creces esa ofensa mi alma pena,  
y mayor que el delito es la condena,  
porque nunca podré llamaros mía.

Piedad no pido, aunque decir podría,  
sabiendo como sé que sois tan buena,  
que castigar en mí la culpa ajena,  
eso, más que rigor, es cobardía!

Á disculparme enmudecer prefiero...  
Sufro en silencio y en silencio muero.  
Sólo una cosa en mi dolor os pido:

Odiadme con más saña, si queréis,  
pero nunca, señora, me olvidéis...  
Prefiero vuestro odio á vuestro olvido!

## VIII

Llorando las tristezas de no verte  
vagaba el pobre Alicia sin aliento,  
cuando ahogando sus quejas un momento  
en viejo tronco esta inscripción advierte.

«Llora, Amor, las maldades de mi suerte!  
Sembrar quise esperanzas en el viento,  
y al ver trocado en humo mi contento  
al pie de este nogal me dí la muerte!»

debajo, con mano temblorosa  
grabó Alicio esta queja lastimosa :  
«¡Aún mi destino fué más inclemente!

Mi esperanza también vi destruída,  
y por castigo me dejé la vida  
para poder llorarla eternamente!»

## IX

Tranquilo, Amor, á tu presencia vengo,  
sin temor á tus flechas ni á tu lanza,  
que no podrás robarme la esperanza  
porque ya ni esperanza en nada tengo.

Con toda pena sin luchar me avengo,  
pues en mí se ha operado tal mudanza  
que á comprender mi corazón no alcanza  
de pie, por qué milagro, me sostengo.

En vano, en vano, Amor, es que deslices  
flechas al arco para herir mi vida...  
Estérilmente tu furor renuevas...

Podrás hacer sangrar mis cicatrices,  
¡mas no esperes abrimme nueva herida  
que en mí no hay sitio para heridas nuevas!

## X

Penas que por mi mal os conjuráis  
¿qué daño mi querer os tengo hecho  
cuando sin tregua devoráis mi pecho  
y con toda esperanza en tierra dais?

El sueño de mis ojos ahuyentáis,  
sembráis espinas en mi propio lecho,  
y es tal vuestra crueldad que hasta el derecho  
de quejarse á mis labios le negáis!

¡Compadeceos de mi triste estado  
y ya que no me deis goces serenos,  
acabad de una vez dándome muerte!

Y si no os satisface esta condena,  
sed compasivos y decirme al menos  
en qué pequé para sufrir tal pena!



## XI

Mientras tuve la dicha ambicionada  
de toda otra ambición estuve exento,  
embriagados los labios de contento  
y ebria de cosas de ella la mirada.

Pero aquella ventura sosegada  
duró apenas la sombra de un momento,  
igual que el polvo que disipa el viento  
la miré entre mis manos disipada!

Y hoy vierto á solas sin cesar mi llanto  
ya de toda ilusión desvanecido...  
Y nunca espero que mi llanto ceda,

pues no hay pena mayor como el quebranto  
de recordar el bien que se ha perdido  
cuando ya ningún otro bien nos queda!

## XII

La suerte es de mi amor tan enemiga  
que la esperanza para siempre aleja,  
y aun cuando el labio de dolor se queja  
á callar su dolor al labio obliga.

A veces finge una sonrisa amiga,  
y al parecer de perseguirme ceja...  
Mas si un momento respirar me deja,  
es que de tanto herirme se fatiga!

Con tal furor en mí te has ensañado  
que de tanto sufrir me encuentro loco..  
No sé si soy un vivo que se siente

morir, para vivir más angustiado,  
ó un muerto que revive poco á poco,  
para morir más pobre y tristemente!

## XIII

Aquella dicha, por ser dicha mía,  
nació á destiempo y feneció temprana,  
como esa flor que se abre á la mañana  
y se deshoja al despuntar el día.

Quando apenas su cáliz entreabría  
estaba muerta mi esperanza vana:  
trasunto fiel de la existencia humana  
y símbolo fugaz de la alegría.

Dura con ella se mostró la suerte,  
quizás al contemplarla tan hermosa...  
Por más esfuerzos que en su ayuda hice

no pude libertarla de la muerte,  
pues pasó de la cuna hasta la fosa  
en menos tiempo de lo que se dice.

## XIV

Llorar, tímidas fuentes sosegadas  
que en el verde silencio de los llanos,  
mirasteis separarse aquellas manos  
que nunca estar debieron separadas.

Despojaros, frondosas enramadas,  
de vuestras flores y ramajes vanos...  
Están ya los amantes tan lejanos  
que jamás os veréis en sus miradas!

Enmudeced de pena, ruiseñores,  
que los oísteis sollozar de amores  
a! desligar los brazos de los cuellos...

¡Y sécate de horror, musgo sombrío,  
que en las cálidas siestas del estío  
perfumaste de ensueño sus cabellos!



## XV

Me piden mis pupilas que te vea,  
me dicen mis recelos que me aparte,  
y no sé si mirarte ó no mirarte  
pues temo que un error mi muerte sea!

De abandonarte, á veces, siento idea...  
¿Pero podré vivir sin contemplarte?  
Mi amor entre dejarte y no dejarte  
no sabe ni sabrá lo que desea.

Y por saber qué hacer, mi amor daría  
todo cuanto ha perdido y cuanto ansía...  
Pero mi corazón desesperado

que no hay remedio á su dolor presente,  
que me muero de celos á tu lado,  
y me mata la pena, de ti ausente.

ESTRELLAS LEJANAS





## I

Canta una voz muy lejana,  
tan lejana que parece  
que á consolar mis tristezas  
de alguna estrella descende...

¡Estrellas, claras estrellas,  
aquel que una voz no tiene  
que le anime en su camino  
¡qué bien vuestra voz comprende!

La voz murió en un suspiro,  
y una estrella el cielo hiende,  
como lágrima de plata  
que en un velo azul se pierde...  
¿Será la voz de la estrella  
que á darme consuelo viene?

## II

Llueve, llueve...  
En el gris de la humedad,  
ni á dibujarse se atreve  
la sombra de la ciudad.

Brotan negros desconuelos  
de la lluvia al lento son...  
La tristeza de los cielos  
se ha entrado en mi corazón!

Llueve, llueve...  
¿Quién se atreve  
á moverse ó á soñar,  
mientras que la lluvia llora  
en continuo resbalar?

¡Señor, mi dolor lo implora,  
tened compasión de mí!...  
¿Por qué recordar ahora  
todo cuanto ya perdí?



## III

Al fondo el parque pomposo,  
la marmórea balaustrada,  
con su Mercurio leproso  
y su Venus mutilada.

Pavos reales abriendo  
los cien ojos de sus colas...  
Blancos rebaños paciendo  
en praderas de amapolas.

Y coronados de flores,  
unidos en el zortzico  
las manos, somos tú y yo,

enamorados pastores  
de un idilio de abanico  
de Boucher ó de Watteau.

## IV

Bajo la tarde de seda  
en el estanque sonoro,  
brilla la verde arboleda  
con resplandores de oro.

Y entre las rosas lejanas  
pinta custodias astrales  
el sol sobre las ventanas  
de las torres ojivales.

En el lago se retrata  
la marmórea escalinata...  
Y avanzando, lento y bello,

bajo el verdor del ramaje,  
un cisne firma el paisaje  
con la ese blanca del cuello.

## V

Con tu amplio canotier  
de fina paja de Italia  
que adorna una inmensa dalia  
y un lazo rojo, en el *break*

reclinada, siempre cruzas  
el crepúsculo de oro,  
al trote largo y sonoro  
de tus yeguas andaluzas.

Ni tu nombre... No sé nada..  
Sólo sé que tu mirada  
azul, tiene una apacible

ternura, un yo no sé qué,  
que de amor y de imposible  
enferma aquel que te ve!

## VI

Bajo el oro de tus rizos,  
tu hondo mirar enigmático  
refleja el verdor acuático  
de los paisajes suizos.

Si me envuelve tu mirada  
siento el dulce escalofrío  
de quien se baña en un río  
bajo la verde enramada.

Y si á su amparo me duermo,  
por concordancia lejana,  
sueño siempre con Guillermo

Tell, el arco tenso y fijo,  
derribando la manzana  
de la testa de su hijo!



## VII

Bajo la toca de lino  
nos sugiere tu perfil  
de un icono bizantino  
la palidez de marfil.

Pura y blanca como el cirio  
que en tu celda se consume,  
te da su pureza el lirio  
y la rosa su perfume.

Siempre postrada de hinojos,  
llenos de llanto los ojos  
te vas consumiendo triste,

igual que un cirio encendido...  
¿Lloras algún bien perdido,  
ó algún don que no tuviste?

## VIII

Pareces con tu peinado  
que es artístico tesoro,  
sobre la nuca afianzado  
por agujones de oro,

y la túnica turquesa  
de crisantemos bordada,  
una figura arrancada  
de una laca japonesa!

Menuda, flexible y ágil,  
belleza efímera y frágil...  
Mi mano está temerosa

de acariciar tu tesoro,  
no vaya á trocarse en oro  
como una mariposa!

## IX

Rosal que Otoño deshoja  
vuelve en Mayo á florecer:  
¡rosal de la juventud,  
sólo fiorece una vez!

Al deshojarse las rosas  
los ruiseñores se van;  
mas vuelven, con los rosales  
en Primavera, á cantar...

¡Goza el amor, que el amor  
si se va, no vuelve más!

FIEBRES







J

Bárbara Musa de coturno trágico,  
engendro de Medea y de Saturno,  
todo se seca y muere bajo el mágico  
influjo destructor de tu coturno.

Mi sangre de pavor se paraliza  
cuando en mis castas soledades, Musa,  
en las cortinas del umbral se eriza  
tu espantosa cabeza de Medusa.

A tu presencia tiembla el alma entera;  
y atacado de súbita ceguera  
por sendas laberínticas me pierdo.

Y en las sombras sin fin que me rodean  
siento que se despiertan y hormigean  
las víboras hambrientas del recuerdo!

## II

¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre  
aún mi carne nervioso escalofrío...  
Aún me eriza el terror... ¡Nada hay que borre  
la roja angustia del ensueño mío!

Ensangrentada entre mis brazos... Siento  
aún — y olvidarlo intento en vano —  
en mi oído la muerte de tu acento  
y el calor de tu sangre por mi mano...

He envejecido en estas horas tanto  
que verme en el espejo me da espanto...  
Maldiciendo el rigor de su destino

se muere el corazón desesperado...  
¡Ven y calma el dolor de este asesino  
que en un sueño de amor te ha asesinado!

## III

Saltar tus ojos de terror querían...  
Era un turbión de espanto tu cabello,  
mientras mis dedos lívidos se hundían  
en la frágil blancura de tu cuello.

Bajo el espanto de tu faz crispada  
mis manos te asfixiaban cual serpientes,  
y sangraba tu lengua amoratada  
entre el blancor pasmado de tus dientes

Te vi palidecer y desplomarte...  
Desperté... Lancé un grito de agonía  
y entre las sombras comencé á llamarte...

Y me quedé de pronto enloquecido  
al verme en el espejo, porque había  
en una sola noche encanecido!

## V

Mi vida entera es como una llama.  
Me siento arder. Todo lo ven mis ojos  
como á través de una asfixiante flama  
que todos los objetos torna rojos.

Vienes ardiendo toda. Tu vestido  
es una llama que en el aire ondea,  
y arremolineado y encendido  
como una antorcha tu cabello humea.

Me fascina tu ardor de calentura...

Bésame entre tus brazos, con locura,  
pues consumen tus labios cuando besas.

¡Haz que ardan mis despojos en tu fuego,  
y en la Nada inmortal avento luego  
la efímera ilusión de mis pavesas!



## V

Esta ola de fuego que me envuelve  
me arrastra hacia un país desconocido,  
y de nuevo á la playa me devuelve,  
y me deja en la arena sin sentido.

Y temblando de angustia me despierto,  
y me encuentro asfixiado de bochorno,  
tendido en las arenas de un desierto  
cálido y crepitante como un horno.

El fuego persistente de tus ojos  
me envuelve todo en sus reflejos rojos,  
y me arrastra á las aguas de algún río;

y en el silencio de su agua helada  
mientras tiritá el alma agarrotada  
se oyen mis dientes rechinar de frío.

## VI

Llegó el negro fantasma arrebuja-  
do, con un gesto de horror y de pavor,  
arrojó sobre mí su aliento helado  
y me sentí morir de calentura.

Mi carne se rasgaba como para  
morir, y mi osamenta se rompía,  
como si á dentelladas desgarrara  
mi cuerpo una famélica jauría.

Y surgen de mi horror, en dislocantes  
danzas, extraños seres que me abruman,  
porque de mi existencia son compendio,

como esas chispas de oro crepitantes  
que saltan y se agitan y se esfuman  
entre las rojas lenguas de un incendio.

## VII

Toda la senda es como una hoguera,  
y yo camino tembloroso y ciego,  
tras de la antorcha de tu cabellera  
que es como un lampo atravesando el fuego.

Mi planta abrasan los carbones rojos;  
me envuelve en espiral la calentura;  
siento la asfixia, y al abrir los ojos  
todo mi cuerpo es una quemadura

Y del incendio al resplandor te veo  
encendida de amor y de deseo,  
sonreír sin quemarte entre las llamas...

Dulce te inclinas sobre el cuerpo mío,  
y en mis heridas, al besar, derramas  
una alegre frescura de rocío.

## VIII

Muerte, en mis noches, di ¿por qué no exhalas  
el olvido letal de tu perfume?  
Abiertas sobre mí sus negras alas  
el vampiro del Tedio me consume.

Siento en la boca, helando mis deseos,  
las húctas humedades de su hocico,  
mientras el buitre de los Prometeos  
devora mis entrañas con su pico.

Noche ¿por qué el terror de tus tinieblas  
de extraños seres y de monstruos pueblas?  
Ningunos brazos mi dolor amparan...

Se oyen crujir mis huesos de agonía,  
como si mi cadáver devoraran  
los dientes de famélica jauría.



## IX

La obscura noche amortajó la Tierra,  
y ahullando de furor descende el viento  
—monstruosa sombra de un chacal hambriento—  
de las guájaras negras de la Sierra.

El alma, ciega de pavor, se encierra  
como en la estéril celda de un convento,  
en la desolación de un pensamiento,  
corza que echó de su breñal la guerra.

— Señor — clamo con labio tembloroso,  
clavadas las rodillas en el suelo,  
— ¡Dame un poco de paz y de reposo!

He dejado mi vida abandonada  
bajo la negra maldición del cielo  
en la cruz del Dolor cruxificada!

## X

... Y me dijo el fantasma ¿por qué tarda  
tu mano en arrancar esa cadena,  
cuando lejos de aquí, una serena  
felicidad sin límites te aguarda?

Naufragará tu cuerpo, mas gallarda  
el alma libre pisará la arena...  
¡Para olvidar la angustia de tu pena  
deja al recuerdo que en las sombras arda!

Arroja luego su ceniza al viento,  
y cuando todo se haya consumido  
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —  
renacerá tu sueño del olvido,  
inmemore de todo lo pasado!

LA CIUDAD MALDITA





I

Vi una noche de angustia y de misterio  
que lo que dentro de mi alma había  
en incendiaria dispersión huía  
hasta dejarla como un cementerio.

Y arrastrado por ímpetus oscuros,  
por el contagio trágico del miedo,  
yo también escapé, rezando el Credo,  
saltando ciego por sus rotos muros.

Y me encontré de pronto taciturno,  
pisoteada la sangrienta veste,  
en la inquieta avalancha de basalto

del desgreñado pánico nocturno  
de una ciudad que huye de la Peste  
ó de las pesadillas de un asalto.



## II

Pasaron junto á mí, en el delirio  
de los apocalípticos degüellos,  
vírgenes, humeantes los cabellos  
como vivas antorchas de martirio;

semblantes fugitivos y atezados  
partidos por sangrientas cicatrices;  
ancianos retorcidos cual raíces,  
con los ojos de horror desencajados;

niños con la cabeza chamuscada...

Y todo entre un horrísono concierto  
de gritos, de blasfemias y oraciones...

Y alguna madre loca y desgrefñada  
que lactando acercaba á su hijo muerto  
las llagas de sus flácidos pezones.

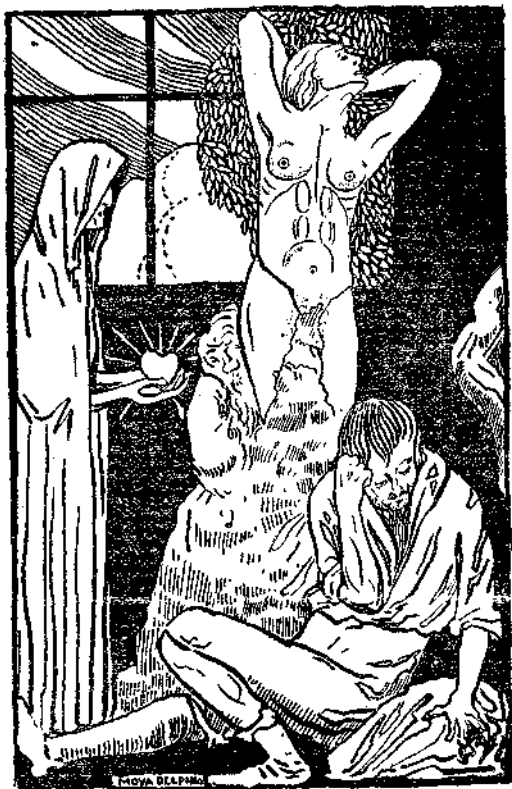
## III

Y aquel ronco y terrible vocerío  
se apagó en los silencios de lo arcano,  
como se pierde el clamoroso río  
en la profundidad del Océano.

Y hundiendo en las tinieblas la mirada,  
cuando todo rumor se hubo extinguido,  
regresé á la ciudad abandonada  
sordo de espanto y de terror rendido.

Los que altivos palacios fueron antes  
eran tan sólo ruinas humeantes...  
Al peso del dolor doblé los hombros,  
  
y recordando sus gloriosos días  
resucité, llorando, en sus escombros  
la sombra tumular de Jeremías!

ZARABANDA TRÁGICA





## I

Tristes memorias de los tiempos idos  
vuelven en funerarias procesiones,  
á encender en mi estancia sus blandones  
junto á tantos cadáveres queridos.

Todas con la mortaja polvorosa,  
las túnicas sangrientas desgarradas,  
igual que si acabaran desgreñadas  
de alzarse de las piedras de una fosa.

En la oquedad de su pupila hundida  
fosforecen recuerdos de miradas...  
Su boca cantos pestilentes vierte.

Y en torno del cadáver de mi vida,  
con un crujir de tibias descarnadas  
bailan la zarabanda de la Muerte.



## II

Unos vienen de lejos, de tan lejos  
que siglos ha durado su viaje,  
la fatiga ha esculpido su miraje  
en las arrugas de sus entrecejos.

Un viento de pavor crispera y arruga  
el sudario, y sus manos descarnadas  
un grito arrancan de las oxidadas  
cuerdas de un esqueleto de tortuga.

Sus harapos están llenos de lodos,  
y bajo el tórax lóbrego y estrecho  
aún palpitar su corazón se siente

con ritmo musical... Y llevan todos  
cicatrices de heridas en el pecho  
y un ramo de laurel sobre la frente.

## III

Los hay lúgubres, trágicos y extraños,  
curvados bajo el peso de la carga  
de sus hondos pesares y la amarga  
sabiduría de los desengaños.

Una argolla de hierro ciñe el cuello,  
su sién taladra el clavo de la idea,  
y en sus manos, el viento lento hojea  
el libro del Destino, roto el sello.

Le cubren con sus alas las Quimeras,  
y un aroma magnético de opios  
sostiene la inquietud de sus desvelos,

Y la ansiedad de sus pupilas huera  
enfoca con sus largos telescopios  
los cometas que cruzan las esferas.

## IV

Los hay pequeños: larvas de deseos,  
capullos que pudieron ser rosales,  
que andan á cuatro pies como animales,  
rumiando infantiles balbucesos.

Sonríen con sus labios desdentados.  
Sus esqueletos mondos de impureza  
tienen todos la púdica belleza  
de los vírgenes senos intocados.

Son los ensueños que se malograron,  
los efímeros sueños que duraron  
apenas la ilusión de una alborada...

Huérfanos del amor y la fortuna,  
cuya senda en el mundo está marcada  
por un fugaz relámpago de Luna.

FIN

## ÍNDICE

|                                       | <u>Páginas.</u> |
|---------------------------------------|-----------------|
| Palabras antiguas.....                | 7               |
| Sonatas íntimas.....                  | 17              |
| Ofrenda.....                          | 19              |
| Las llaves del jardín.....            | 21              |
| La casa ciega.....                    | 23              |
| Spes.....                             | 25              |
| Grieg.....                            | 27              |
| La rueca de Onfalia.....              | 31              |
| Nocturnos de lluvia.....              | 91              |
| Del huerto de los viejos rosales..... | 97              |
| Estrellas lejanas.....                | 129             |
| Fiebres.....                          | 149             |
| La ciudad maldita.....                | 171             |
| Zarabanda trágica.....                | 183             |





ACABÓSE  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL XIX DE JUNIO DEL AÑO MCMXII  
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,  
PASAJE DE LA ALHAMBRA,  
NÚMERO 3,  
MADRID

